

Apuntes para una definición del clasismo Córdoba, 1969-1976 María Laura Ortiz *



Resumen

El presente trabajo se propone reflexionar sobre los significados asignados al clasismo, entendiendo a éste como un concepto polisémico que tuvo un peso muy relevante en el mundo sindical entre fines de los años '60 y hasta mediados de los '70 en Argentina y, específicamente, en la provincia de Córdoba. Pero también este artículo sugiere repensar sobre las construcciones discursivas que adjudicaron al clasismo significados socio-políticos, asociándolo con partidos políticos de izquierda y organizaciones armadas. Estas vinculaciones –que aún no han sido estudiadas en profundidad en el caso de Córdoba- sirvieron, en última instancia, para legitimar la represión al sector obrero de parte de las fuerzas estatales y paraestatales.

Palabras clave

Clasismo – clase obrera – sindicatos – identidad de clase – represión.

Notes for a definition of classism. Cordoba, 1969-1976.

Summary

Current work seeks to reflect on the meanings assigned to classism, understanding this to be a polysemous concept which had relevant weight in the world of trade unions from the late 60s to the mid 70s in Argentina, especially in the province of Cordoba. However, the article also proposes a rethinking of the discursive structures which assigned socio-political meanings to classism, associating it with leftist political parties and armed groups. These links, which in the case of Cordoba have yet to be studied in depth, served to legitimise the repression of the “working class” by state and para-state forces.

Key Words

Classism - working class - trade unions – class identity – repression.

* Aspirante al Doctorado en Historia-UBA – Becaria de CONICET en el Programa de Historia Oral- FFyL-UBA



Introducción

La mayor parte de las investigaciones sobre sindicalismo en Córdoba se refieren al clasismo en referencia al Sindicato de Trabajadores de FIAT Concord (SiTraC) y de FIAT Materfer (SiTraM), entre los años 1970 y 1971. Algunos definen como un “segundo clasismo” al que se desarrolló en el SMATA durante la dirigencia de René Salamanca, entre 1972 y 1974. Sin embargo, cuando hay que definir qué era el clasismo, cuáles eran las características que lo diferenciaban de otras corrientes del sindicalismo, qué grado de representatividad tuvo en la identidad de la clase obrera cordobesa; la mayoría de los trabajos terminan por aludir a una serie de ideas inconexas y poco claras. Pareciera que la mayor parte de los componentes de esa definición se están dando por sobreentendidos, como si formaran parte de una serie de connotaciones que sólo pueden tenerla aquellos que han vivido esas experiencias y sobre los que las nuevas generaciones de investigadores han indagado muy poco.

Es por ello que este trabajo pretende reflexionar sobre los significados asignados al clasismo, entendiendo a éste como un concepto polisémico que tuvo un peso muy relevante en el mundo sindical entre fines de los años ´60 y hasta mediados de los ´70 en Argentina y, específicamente, en la provincia de Córdoba. Pero también este artículo sugiere repensar sobre las construcciones discursivas que adjudicaron al clasismo significados socio-políticos, asociándolo con partidos políticos de izquierda y organizaciones armadas. Estas vinculaciones –que aún no han sido estudiadas en profundidad en el caso de Córdoba- colaboraron, en última instancia, para legitimar la represión al sector obrero de parte de las fuerzas estatales y paraestatales.

Córdoba, 1969-1976

Después del 29 de mayo de 1969 Córdoba no volvió a ser la misma, como así tampoco las representaciones que el resto del país tuvo sobre esta ciudad. No discutiremos aquí si el Cordobazo fue el punto final de una serie de luchas sociales que se venían manifestando desde 1956 ¹, o si, como plantean otros autores, fue el “mito” ² fundante de las luchas políticas que atravesaron a todo el país hasta marzo de 1976.

Lo cierto es que luego del Cordobazo se expandió el ciclo de protesta social –pasando de la resistencia a la confrontación–, estalló la rebelión popular y se acentuó la oposición al régimen dictatorial establecido desde 1966 ³. Estos nuevos repertorios de confrontación aceleraron la descomposición de la “Revolución Argentina”, pero también promovieron la subversión de los mecanismos formales de canalización de los conflictos, ya que cambiaron el verticalismo sindical tradicional por reclamos de autonomía y democratización sindical. En este punto es en el que Gordillo, retomando ideas de James, habla de la irrupción de las bases en las plantas fabriles ⁴ y de la expansión del ciclo de la

¹ Garzón Maceda, L. (1994). Cordobazo: algunos de sus mitos y leyendas. Estudios, N° 4, diciembre 1994, Centro de Estudios Avanzados, Universidad Nacional de Córdoba, p. 26, Córdoba.

² Altamirano, C. (1994). Memoria del '69. Estudios, N° 4, diciembre de 1994, Centro de Estudios Avanzados, Universidad Nacional de Córdoba, p. 12, Córdoba. Brennan, J. y Gordillo, M. (1994). Protesta obrera, rebelión popular e insurrección urbana en la Argentina: el Cordobazo. Estudios, N° 4, diciembre de 1994, Centro de Estudios Avanzados, Universidad Nacional de Córdoba, pp. 73-74, Córdoba.

³ Mónica Gordillo lo plantea en los siguientes términos: el Cordobazo fue el símbolo que representó la “agencia”, “posibilidad” e “identidad”. Estos conceptos aluden a la capacidad de los actores sociales de enmarcar culturalmente las posibilidades y limitaciones para la acción colectiva. Es en tal sentido que Gordillo afirma *“tan fundamental como la representación de una situación de injusticia es la convicción de que se la puede modificar a través de la acción (‘agencia’), en caso contrario la percepción de injusticia puede derivar en la resignación o en formas veladas de resistencia que no aparecen como disruptivas para el sistema”*. Gordillo, M. (ed.) (2001). Actores, prácticas, discursos en la Córdoba combativa. Una aproximación a la cultura política de los '70. Córdoba: Ferreyra Editor, p. 33.

⁴ También James habla de la “Rebelión de las bases”, atribuida a una serie de transformaciones en el ámbito laboral. Uno de ellos fue la posibilidad de establecer





protesta,⁵ que favoreció el surgimiento de un nuevo tipo de sindicalismo en Córdoba: el clasismo.

Complementando esa mirada sobre el período 1969-1976, Werner y Aguirre hablan de “*etapa revolucionaria*” ya que se “*planteó la necesidad de la toma del poder por parte de la clase obrera y el pueblo oprimido*”. Esta etapa, abierta justamente con la semiinsurrección obrera y popular de Mayo del ‘69, estuvo caracterizada a nivel internacional, por una crisis capitalista global; que se tradujo en nuestro país en una crisis orgánica y estructural del capitalismo y una guerra civil de baja intensidad.⁶

Esa etapa revolucionaria se “desvió” a partir de 1972 –con el GAN y los proyectos de reapertura política para el peronismo- y hasta 1974, según Werner y Aguirre, a causa de la “*ilusión del retorno del peronismo al poder*”.⁷

sindicatos por empresa y otro, la suspensión de las convenciones colectivas; ambas medidas de los sucesivos gobiernos posteriores a 1955 y tendientes a quebrar la hegemonía peronista en los sindicatos. Sin embargo, estas medidas favorecieron una ampliación de la participación y compromiso de las bases en la defensa de los niveles salariales y las condiciones de trabajo, como así también en cuestiones más amplias como el establecimiento de niveles de productividad. A la vez, esto agudizó la crisis de la dirigencia sindical nacional. James, D, (2005). Resistencia e integración. El peronismo y la clase trabajadora argentina, 1946-1976. Buenos Aires: Siglo XXI Editores, pp. 299 y ss.

⁵ Gordillo define expansión del ciclo de la protesta a “*la fase de intensificación de los conflictos y de la confrontación que incluye una rápida difusión de la acción colectiva de los sectores más movilizados a los menos movilizados, un ritmo de innovación acelerada en las formas de la confrontación, marcos nuevos o transformados para la acción colectiva, una combinación de participación organizada y no organizada y unas secuencias de interacción intensificada entre disidentes y autoridades que pueden terminar en la reforma, la represión y, a veces, la revolución*”. Este concepto es tomado de Tarrow, S. (1997). El poder en movimiento, la acción colectiva y la política, Madrid: Alianza, p. 264; por Gordillo, M., (2001). Actores, prácticas, discursos en la Córdoba combativa. Una aproximación a la cultura política de los ‘70, op cit, p. 29.

⁶ Werner, R. y Aguirre, F. (2009). Insurgencia obrera en la Argentina 1969-1976. Clasismo, coordinadoras interfabriles y estrategias de la izquierda. op. cit., pp. 33-36, 58.

⁷ Ibidem, p. 34.

Lo cierto es que durante el gobierno de Perón el sindicalismo debió enfrentarse a nuevos dilemas, en tanto el “enemigo” ya no era el Estado para amplios sectores del mundo trabajador que se reconocían como peronistas. Desde la muerte del líder y hasta el 24 de marzo de 1976 se intensificó la violencia y los enfrentamientos entre revolución y contrarrevolución contribuyeron a conformar una imagen de inestabilidad política, que sumados a la reducción de la arena política y al vacío de poder; legitimaron la Dictadura de 1976.⁸

De esta manera se fueron sofocando los espacios para la lucha sindical en los términos en que se venía planteando desde la CGT regional Córdoba y los sindicatos clasistas⁹. Espacios que terminaron finalmente de desaparecer con el reforzamiento de Perón a las burocráticas cúpulas sindicales con el Pacto Social¹⁰ y, sobre todo, con la intensificación de la violencia y la represión -tanto parlamentaria como extraparlamentaria-, apoyada por el sector ortodoxo del sindicalismo peronista. No obstante, durante el “Rodrigazo” se volvieron a abrir las posibilidades para la conflictividad sindical, que en el caso de Buenos Aires se manifestó en las Coordinadoras

⁸ Itzcovitz, V. (1985). El estilo de gobierno y crisis política (1973-1976). Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.

⁹ James, D. (2005). Resistencia e integración. El peronismo y la clase trabajadora argentina, 1946-1976, op cit, pp. 323 y ss. Brennan, J. y Gordillo, M. (2008). Córdoba rebelde. El Cordobazo, el clasismo y la movilización social. Buenos Aires: Ed. De la Campana, pp. 205, 215, 238. Licht, S. (2009). Agustín Tosco (1930-1975). Sindicalismo clasista, socialismo y peronismo revolucionario. Buenos Aires: Ed. Biblios, p 206.

¹⁰ Además, la sanción de la nueva ley de Asociaciones Profesionales fortalecía la posición de la ortodoxia sindical, ya que se extendían los mandatos de la dirigencia de dos a cuatro años, se otorgaba a la CGT el poder de intervención a sus seccionales regionales, a las federaciones y a sus sindicatos miembros. De esta manera, la burocracia sindical tenía las herramientas necesarias para neutralizar las rebeliones antiburocráticas. Fue así como se intervino el SMATA de Córdoba dirigido por René Salamanca, se declaró ilegal el sindicato de Luz y Fuerza dirigido por Agustín Tosco, entre otros. Además, la sanción de la Ley de Seguridad Nacional dio al Ministerio de Trabajo el instrumento legal para reprimir las protestas obreras. De Riz, L. (2000). La política en suspenso, 1966/1976. Buenos Aires: Ed. Paidós, pp. 140,164.





Interfabriles con un profundo contenido clasista.¹¹ En Córdoba la Mesa de Gremios en Lucha¹² fue el bastión de la lucha obrera en el mismo período; sin embargo, desde el “Navarrazo” se habían dificultado las manifestaciones abiertas y públicas de resistencia de parte de la clase obrera.

En Córdoba, hablar del “Navarrazo” nos permite complejizar la mirada que el período 1973-1976 tiene para Buenos Aires y el resto del país. El “Navarrazo” fue un golpe policial (Navarro era el Jefe de la Policía local, de inspiración fascista) que derrocó al gobernador Ricardo Obregón Cano y al vicegobernador Atilio López,¹³ ambos del peronismo más progresista, electos democráticamente en septiembre de 1973.

Una de las primeras medidas de Navarro desde que usurpó el poder el 28 de febrero de 1974, fue encarcelar durante dos días a las autoridades provinciales, dirigentes políticos, sindicales y estudiantiles. Para su tarea, contó con la colaboración del interventor del Partido Justicialista, Luis Longhi, la oposición anti-obregonista liderada por el dirigente peronista Julio Antún y la Juventud Peronista Sindical.

El período post-“Navarrazo” continuó el quiebre democrático en la provincia. En efecto, el presidente Juan D. Perón –con aprobación del Congreso- envió a Córdoba como interventor federal a Duilio

¹¹ Cfr. Colom, Y. y Salomone, A. (1998). Las coordinadoras inter-fabriles de Capital Federal y Gran Buenos Aires, 1975-1976. Razón y Revolución, N° 4, otoño 1998, Buenos Aires, reedición electrónica en <http://www.razonyrevolucion.org>. Löbbe, H. (2006,2009). La guerrilla fabril: clase obrera e izquierda en la Coordinadora de Zona Norte del Gran Buenos Aires: 1975-1976. Buenos Aires: Ediciones RyR. Werner, R. y Aguirre, F. (2009). Insurgencia obrera en la Argentina 1969-1976. Clasismo, coordinadoras interfabriles y estrategias de la izquierda, op cit.

¹² Cfr. Werner, R. y Aguirre, F. (2009) Insurgencia obrera en la Argentina 1969-1976. Clasismo, coordinadoras interfabriles y estrategias de la izquierda, op cit., pp. 254-258.

¹³ Atilio López había sido dirigente de la UTA y había participado del Cordobazo en 1969, y terminó siendo uno de los tantos asesinados por la Triple A en septiembre de ese mismo año. De Riz, L. (2000). La política en suspenso, 1966/1976, op cit., pp. 150, 164.

Brunello. Pero fue su continuador, el Brigadier Raúl Lacabanne, quien profundizó la represión en Córdoba. Su principal objetivo fue la “limpieza ideológica”, que consistía en la eliminación de los “enemigos infiltrados” del gobierno provincial y de las instituciones políticas y sociales tales como sindicatos, partidos políticos, instituciones educativas, etc.¹⁴ Esta tarea fue llevada adelante por el Comando Libertadores de América, estructura clandestina del III Cuerpo de Ejército.¹⁵

Es decir que la configuración de la estructura política en Córdoba nos permite hablar de Terrorismo de Estado mucho antes de 1976, en el que un golpe de Estado policial derrocó el gobierno elegido democráticamente por las mayorías del pueblo; y las posteriores intervenciones militares se encargaron de terminar la tarea de “limpieza” del progresismo, el peronismo de izquierda y el marxismo de los espacios políticos, sindicales e institucionales.

¹⁴ Los tres interventores federales en Córdoba fueron: Duilio Brunello (que asumió el 12-03-1974), Raúl Lacabanne (desde el 07-09-1974 hasta el 19-09-1975) y Raúl Rodríguez Bercovich (desde 20-09-1975 hasta el Golpe del 24-03-1976). Brunello había ocupado la Secretaría de Promoción y Acción Social dependiente del Ministerio de Bienestar Social dirigido por José López Rega. No obstante, su principal apoyo político provenía del mismo Perón, por lo que, luego de su fallecimiento, Brunello no tardó en ser desplazado por alguien que provenía de las filas más reaccionarias del “clan” de López Rega: el “ultraverticalista” Brigadier Mayor (RE) Raúl O. Lacabanne. La alianza de Lacabanne con los sectores más reaccionarios de las fuerzas policiales y militares se puso en evidencia cuando indultó al Coronel Navarro, procesado por insubordinación a causa del derrocamiento de un gobierno electo democráticamente. El tercer interventor, Bercovich Rodríguez, lideraba el núcleo “Unidad y Lealtad” dentro del Partido Justicialista de Córdoba, que representaban al peronismo ortodoxo. Servetto, A. (2004). Córdoba en los prolegómenos de la dictadura. La política del miedo en el gobierno de Lacabanne. Estudios, N° 15, otoño 2004. Centro de Estudios Avanzados, Universidad Nacional de Córdoba, pp.144-151. Córdoba. Servetto, A. (1998) De la Córdoba combativa a la Córdoba militarizada, 1973-1976, Córdoba: Ferreyra editor.

¹⁵ Robles, A. (2009). La Triple A y la política represiva del gobierno peronista (1973-1976). En Werner, R. y Aguirre, F. Insurgencia obrera en la Argentina 1969-1976. Clasismo, coordinadoras interfabriles y estrategias de la izquierda, op cit, p. 477.





Las corrientes sindicales: Córdoba no se parece a Buenos Aires

Un año antes del Cordobazo, en el Congreso Normalizador de la CGT en La Falda (Córdoba) en 1968, se fracturó la Confederación General del Trabajo, formándose la CGT de los Argentinos (CGT-A), también conocida como CGT *Paseo Colón*. En esa ocasión se eligió a Raimundo Ongaro, representante del gremio de los gráficos de Buenos Aires, como secretario general de la CGT. Como Vandor desconoció los resultados, la GCT se dividió en dos y Vandor sostuvo el liderazgo en la CGT Azopardo.¹⁶

Luego de esta división de la CGT, en Córdoba se constituyó un Secretariado Provisorio de la CGT que adhirió a la CGT-A. En cambio el SMATA, dirigido en ese tiempo por Elpidio Torres, se separó de aquel Secretariado Provisorio, y formó otro que adhirió a la CGT Azopardo.¹⁷

Si bien no existía una equiparación cuantitativa en cuanto al número de afiliados -ya que la CGT-A tuvo menos gremios adheridos que la CGT Azopardo¹⁸-, si existió una igualdad de capacidades en la lucha por la representación hegemónica del mundo sindical. No obstante, esta división mostraba que el movimiento obrero argentino se encontraba fragmentado.

¹⁶ Según James, aquella división interna del movimiento obrero favoreció el establecimiento de un período de paz social que necesitaba Onganía para concentrarse en lo que llamó “tiempo económico” entre 1966 y 1969. James, D. (2005). Resistencia e integración. El peronismo y la clase trabajadora argentina, 1946-1976, op cit., p. 292.

¹⁷ Brennan, J. y Gordillo, M. (2008). Córdoba rebelde. El Cordobazo, el clasismo y la movilización social. op cit, p. 58.

¹⁸ Fernandez, A. (1986). Ideologías de los grupos dirigentes sindicales (1966-1973), Buenos Aires: Centro Editor de América Latina, vol. 2, p. 10. Altamirano, C. (2001). Bajo el signo de las masas (1943-1973). Buenos Aires: Ed. Ariel, p. 85. Cavarozzi, M. (1997). Autoritarismo y democracia (1955-1996). La transición del Estado al mercado en la Argentina. Buenos Aires: Ed. Ariel, p. 54.

Al margen de las dos CGT –pero no por fuera de ellas- en Córdoba, las “62 organizaciones peronistas” estaban divididas en dos grandes bloques: los “ortodoxos” y los “legalistas”. Los primeros recogían las viejas tradiciones peronistas, y se definían como facciosos, autoritarios, verticalistas y anticomunistas. Prometían fidelidad incondicional a Perón en contraposición a Vandor y las cúpulas sindicales nacionales radicadas en Buenos Aires. Su referente más destacado en Córdoba fue Alejo Simó, secretario general de la UOM y Mauricio Labat del gremio de los taxistas.

Por otro lado, los “legalistas” que controlaban la CGT Córdoba, primero con Elpidio Torres y luego con Atilio López. Este grupo era leal a Perón pero cuestionaba la verticalidad a ultranza. Para ejercer una mayor representatividad sindical, los “legalistas” habían radicalizado su discurso a tono con las posturas de los “independientes” y los “clasistas”.

Los “independientes” no eran peronistas y reivindicaban un sindicalismo democrático, antiburocrático y con amplia participación de las bases. Su referente principal en Córdoba era Agustín Tosco, del gremio de Luz y Fuerza.

Por último, los “alternativistas”, conformados por el Peronismo de Base, que intentaba proponer una alternativa a la burocracia sindical peronista ortodoxa pero manteniendo los contenidos del peronismo, vinculando a la doctrina peronista con un camino hacia la “patria socialista”.¹⁹

¹⁹ Todas estas caracterizaciones de los sectores del movimiento obrero cordobés han sido extraídas de: Servetto, A. (1998) De la Córdoba combativa a la Córdoba militarizada, 1973-1976, op. cit., pp. 32, 34, 77. Gordillo, M. (2001). Actores, prácticas, discursos en la Córdoba combativa. Una aproximación a la cultura política de los ´70, op cit., p. 40.





A diferencia de lo que pasaba en Buenos Aires, en Córdoba existía mayor fluidez entre los distintos nucleamientos sindicales. Como mencionamos más arriba, los “legalistas” impulsaban la participación de otros sectores sindicales no peronistas –sobre todo los “independientes”- en la CGT regional, mientras que los ortodoxos mantenían una postura más intransigente con los no peronistas. Aquella posición más abierta de los legalistas, posibilitó en 1970 integrar a la CGT regional Córdoba con distintos sectores: el secretario general fue un representante “legalista”, Atilio López de la UTA y el secretario adjunto fue Agustín Tosco de Luz y Fuerza.²⁰

Pero con la vuelta de Perón y el “Pacto Social”, las “62” debieron reunificarse por orden del General y Atilio López aceptó acercarse a los “ortodoxos”, sometiéndose a los dictámenes de la burocracia nacional.²¹ Esto significó el aislamiento del Movimiento Sindical Combativo (MSC), formado un tiempo antes por Tosco de Luz y Fuerza y Salamanca del SMATA. Fue a partir de allí, y sobre todo luego del Navarrazo, que este sector más combativo comenzó a sufrir la represión de los grupos paraestatales.²² Y también fue gracias a estos cambios que la ortodoxia cordobesa pudo recuperar la CGT de Córdoba.

En efecto, el mismo día del golpe de Navarro (el 28 de febrero de 1974) se realizó el Plenario normalizador de la CGT local en la ciudad de Alta Gracia²³. En ese plenario se desplazó a la conducción más combativa y se eligió una dirigencia perteneciente al peronismo ortodoxo: entre los que quedaron excluidos de la CGT local, estaban los sindicatos de Luz

²⁰ Gordillo, M. (2001). Actores, prácticas, discursos en la Córdoba combativa. Una aproximación a la cultura política de los '70, op cit, p. 38.

²¹ Ibidem, p. 42.

²² Servetto, A. (1998) De la Córdoba combativa a la Córdoba militarizada, 1973-1976, op cit., p. 88.

²³ Servetto, A. (2004). Córdoba en los prolegómenos de la dictadura. La política del miedo en el gobierno de Lacabanne, op cit, pp.144-151.

y Fuerza, Empleados Públicos y el Sindicato de Motores Diesel Livianos (Perkins); mientras que el nuevo delegado de la CGT regional fue el molinero Bernabé Bárcena, quien obtuvo el reconocimiento inmediato de la CGT Nacional y del Ministro de Trabajo, Ricardo Otero. El MSC y el sector “legalista” desconocieron la CGT de Bárcena, la consideraron una “usurpación” a la CGT regional e, incluso, propusieron un paro que finalmente quedó sin efecto.²⁴

Luego de la desestructuración del MSC –y con Luz y Fuerza y el SMATA intervenidos-, la lucha obrera en Córdoba se articuló en torno a la Mesa de Gremios en Lucha. Gracias a esta Mesa, gremios, cuerpos de delegados y delegados de base pudieron impulsar paros activos que luego fueron adoptados por la CGT local, participaron en elecciones de paritarios en 1975 y, en lo político, demostraron su oposición a las políticas antipopulares del gobierno de Isabel y reclamaron por la vuelta a la legalidad democrática en Córdoba.²⁵ Sin embargo, las acciones de la Mesa de Gremios en Lucha eran difícil de organizar en aquel contexto cada vez más represivo.

De esta manera vemos que en Córdoba el sindicalismo tuvo otras especificidades respecto del resto del país. Al principio del período estudiado, la fluidez entre las fracciones del “legalismo” y los “independientes”, permitió la institucionalización en la CGT regional de posturas combativas y contestatarias. Pero a partir de la vuelta de Perón y la obligada verticalidad, el “legalismo” debió separarse del resto del movimiento, que no sólo incluía a los “independientes” sino también a los “clasistas” del SMATA agrupados en el MSC. Después del Navarrazo, y aunque se formó la Mesa de Gremios en Lucha, las posibilidades de organización y resistencia obrera se fueron diluyendo cada vez más, a la par que crecía la represión estatal y paraestatal.

²⁴ Werner, R. y Aguirre, F. (2009). Insurgencia obrera en la Argentina 1969-1976. Clasismo, coordinadoras interfabriles y estrategias de la izquierda, op cit, p. 79.

²⁵ Ibidem, pp.249-258.





Las especificidades del clasismo cordobés

Propongo ahora que nos focalicemos sobre el clasismo, como una expresión dentro del sindicalismo argentino –y, específicamente el cordobés- entre fines de los años ´60 y hasta mediados de los ´70.

¿Qué era ser clasista? En el sentido más general, filosófico si se quiere, decirse clasista era asumir una posición de clase, adoptar una conciencia de clase, de los intereses propios; convertirse en “clase para sí”. Pero esta construcción de subjetividades no puede despegarse de la realidad objetiva. Ya en 1978, Edward P. Thompson, explicaba que ese recorrido intelectual-ideológico de formación de la “conciencia de clase” estaba dialécticamente relacionado con un proceso de luchas de clases –a partir del antagonismo de intereses que ésta pone de manifiesto- y va cristalizando en la conciencia de los sujetos su identidad de clase.²⁶

Esta construcción social y cultural debe entenderse como un proceso, a través del cual se van construyendo un conjunto de representaciones colectivas y comportamientos sociales correspondientes a dichas representaciones. A la vez, estas significaciones sociales se van hilvanando a partir de la estructura económica y social, es decir, a partir de la adscripción a una determinada clase social²⁷; pero también con un grado de relativa independencia de ella.²⁸

²⁶ Thompson, E. P. (1978,1984). La sociedad inglesa en el siglo XVIII: lucha de clases sin clases?. En Tradición, revuelta y conciencia de clase. Barcelona: Ed. Crítica, pp. 13-61.

²⁷ Arturo Fernandez retoma el concepto de clase social de Nikos Poulantzas, para quien una clase social son “conjuntos de agentes sociales determinados principalmente, pero no exclusivamente, por su lugar en el proceso de producción (económica), es decir en la esfera económica” y “significan en ‘un’ y ‘mismo’ movimiento contradicciones y luchas de clases y no se establecen en su oposición”. También las clases sociales “se definen en el conjunto de la división del trabajo que comprende las relaciones políticas e ideológicas” y en este sentido, concluye Fernandez “las clases no existen sino en la lucha de clases”. Fernandez, A. (1986a)

No obstante, hay que ser preciso a la hora de hablar de clase social o de representaciones colectivas de esas clases. Uno de los principales riesgos al utilizar esos conceptos es caer en simplificaciones y esquematizaciones que no se corresponden con la realidad histórica, ya que no es fácil identificar a “la clase social” y “su” ideología. Generalmente el espectro es complejo y variado en cuanto a posiciones socio-económicas y político-ideológicas. Aún así, no creo que por ello haya que desechar el análisis de clase, que sigue siendo vigente para este tipo de estudios históricos. Y también creo que, excepto algunos llamados de atención en ese sentido,²⁹ a la mayor parte de los trabajos reseñados se les han deslizado esos errores.

En la producción historiográfica nacional –y en los trabajos autobiográficos- no hay mucha claridad sobre las definiciones teóricas del clasismo, aunque si existen más trabajos sobre la lucha de clases³⁰ y los nuevos repertorios de confrontación del clasismo .

Autores como James, Brennan y Gordillo han señalado que los nuevos repertorios de confrontación de los sindicatos clasistas se caracterizaban por la acción directa, los paros activos, las tomas de fábrica con rehenes de la gerencia, etc.; y que fueron promotores de nuevos estallidos sociales, tales como el segundo Cordobazo o “Viborazo”³¹ en 1971. Sin embargo, estos autores analizan estas

Ideologías de los grupos dirigentes sindicales (1966-1973). Buenos Aires: Centro Editor de América Latina, vol. 1, p. 26.

²⁸ Fernandez, A. (1986a) Ideologías de los grupos dirigentes sindicales (1966-1973). op. cit. pp. 15-21.

²⁹ Cfr. Löbbe, H. (2009). La guerrilla fabril: clase obrera e izquierda en la Coordinadora de Zona Norte del Gran Buenos Aires: 1975-1976, op cit, pp. 20-22.

³⁰ Cfr. Balvé, B. (et al). (1973,2005). Lucha de calles, lucha de clases. Elementos para su análisis: Córdoba 1971-1969. Buenos Aires: Ediciones RyR-CICSO.

³¹ El nombre de “Viborazo” se puso en honor a una frase del entonces gobernador de Córdoba, José Camilo Uriburu. Este gobernador, designado por el presidente Levingston en febrero de 1971, había dicho que su misión era “*cortar la cabeza de la víbora comunista*”. De Riz, L. (2000). La política en suspenso, 1966/1976, op cit, p. 91.





nuevas prácticas sociales en sí mismas, sin abordarlas desde el vínculo que planteaban con las tomas de posición de clase.³²

Werner y Aguirre agregan que el principal factor dinamizador de la conciencia de clase fue acción colectiva y, específicamente, lo que ellos denominan “huelga salvaje”. Con ese concepto aluden a *“conflictos que rompen el marco de la legalidad burguesa, enfrentan a la organización sindical y a su burocracia dirigente y recurren a métodos de acción directa y a la autoorganización”*. Estas huelgas salvajes pusieron de manifiesto una tendencia subyacente: *“el surgimiento de un conflicto por el control de la producción (la lucha obrera contra la productividad y por la imposición de ritmos de trabajo) que, en su despliegue, dará lugar a nuevas formas organizativas de democracia industrial”*.³³ Sin lugar a dudas, la amplia participación de las bases, incluso en asambleas generales, fue la garantía para una democratización sindical que fue una característica del funcionamiento de gremios clasistas.³⁴

Ahora retomemos el eje de la construcción de la subjetividad obrera.

³² En los trabajos de Mónica Gordillo, no se habla de conciencia de clase. Por el contrario, Gordillo, prefiere la categoría de “conciencia sindical”, constituida *“a partir de determinadas prácticas reivindicativas y de percibir la relación laboral como viable sólo a través del sindicato con lo que esto implicaba como disciplina y acatamiento pero, a la vez, como refuerzo de la combatividad para conseguir las reivindicaciones”*. Para la construcción de ese concepto, Gordillo se basa en ideas de Alain Touraine, quien sostiene que más que conciencia de clase debería hablarse de “actitudes obreras”, ya que de esa manera se reconoce un cierto grado de libertad y no un *“reflejo mecánico de una determinada condición obrera en la conciencia”*. Siguiendo con esa lógica, el trabajo no era para los obreros algo negativo sino que se les presentaba como una posibilidad de mejoría en sus expectativas. Gordillo, M (1996). Córdoba en los '60: la experiencia del sindicalismo combativo. Córdoba: Dirección general de publicaciones de la UNC, pp. 158 y ss.

³³ Werner, R. y Aguirre, F. (2009). Insurgencia obrera en la Argentina 1969-1976. Clasismo, coordinadoras interfabriles y estrategias de la izquierda, op cit, pp. 86-87.

³⁴ Ortiz, S. (2010). Vanguardia comunista y el clasismo. En: AA.VV. La generación del '70. Sus ideas, militancia, aciertos y errores. Vidas y luchas de Vanguardia Comunista, II Parte. Buenos Aires: Ed. Nuevos Tiempos, p. 39.

Para Daniel James ³⁵ el clasismo se definía por su contenido antiburocrático, a favor de la democracia interna y la amplia participación de las bases, el cuestionamiento de las condiciones de trabajo, su conciencia de lo irreconciliable entre sus intereses y los de los patronos y los sindicatos tradicionales y *“su capacidad para articular un vasto espectro de reivindicaciones sociales y políticas, sus aspiraciones a redefinir el papel del sindicalismo, y finalmente su capacidad de adoptar formas extremas de actividad”*.

Otros autores, como Moretti y Torraz, critican definiciones como las de James ya que, para ellos, el clasismo no fue sólo un *“movimiento social reivindicativo y democrático de base enraizado en los problemas del trabajo (...)”* sino que fue una expresión del *“doble poder en su enfrentamiento contra la patronal, la burocracia y el propio Estado”*³⁶. Pero al momento de definir con claridad qué era el clasismo, Moretti y Torraz incurren en una verdadera tautología: *“El clasismo (...) tendió a constituirse en un polo de reagrupamiento independiente, antiburocrático y clasista, de la vanguardia obrera”*.³⁷

Según la definición más general del clasismo, encontramos algunos obreros en Córdoba que se definían como clasistas a partir de la adopción de una concepción marxista de la sociedad.³⁸ Para Brennan, el clasismo fue *“un movimiento de sectores de la clase trabajadora que a comienzos de los ´70 adoptaron una ideología marxista de lucha de clases y se identificaron con un programa revolucionario que demandaba la abolición del capitalismo y el establecimiento del*

³⁵ Ibidem, pp. 307-308.

³⁶ Moretti, W. y Torraz, M. (2009). La experiencia del clasismo cordobés. En Werner, R. y Aguirre, F. Insurgencia obrera en la Argentina 1969-1976. Clasismo, coordinadoras interfabriles y estrategias de la izquierda, op cit, p. 436.

³⁷ Ibidem, p. 430.

³⁸ Schmucler, H. (et al) (ed.) (2009). El obrerismo de pasado y presente. Documentos para un dossier (no publicado) sobre SiTraC-SiTraM. La Plata: Ediciones Al Margen, p. 178.





socialismo en la Argentina".³⁹ Nótese que aquí Brennan menciona que algunos grupos de la clase trabajadora adoptaron el marxismo como ideología. Una idea similar plantea Daniel James, cuando dice que:

*“los grupos izquierdistas contribuyeron a aportar nexos entre la agitación en las fábricas y la comunidad que las rodeaba. Además, proporcionaron a muchos de los nuevos activistas obreros surgidos de esta movilización una identidad política más amplia, en un momento en que muchos de ellos buscaban una alternativa que no consistiera en la simple militancia sindical ni en un peronismo tradicional que estaba cada vez más a la defensiva. Militantes como René Salamanca, líder del SMATA en Córdoba, y Carlos Maserá, figura destacada del SITRAC-SITRAM, adoptaron una explícita actitud marxista”.*⁴⁰

Diferente es la definición que el mismo autor, en un trabajo conjunto con Gordillo, cuando aseguran que el clasismo es el término *“utilizado por los grupos de izquierda para indicar un programa de cambio revolucionario en alianza con la clase obrera”*, dando lugar a la organización de células revolucionarias en las fábricas gracias al accionar directo de militantes de esas organizaciones que ingresaban a las plantas –sobre todo a las automotrices Fiat e IKA-Renault- como trabajadores.⁴¹ Aquí la definición se vuelve contradictoria con la anterior, ya que pone al origen del clasismo por fuera de la clase obrera, ya que ésta es la “alianza” que necesita la izquierda para una revolución. La misma postura es la que sostiene Brennan en un trabajo anterior⁴², cuando asegura que el término “clasista” y sus principales

³⁹ Brennan, J. (1992). El clasismo y los obreros. El contexto fabril del ‘sindicalismo de liberación’ en la industria automotriz cordobesa, 1970-75. Desarrollo Económico, v. 32, N° 125 (abril-junio 1992), p. 15.

⁴⁰ James, D. (2005), Resistencia e integración. El peronismo y la clase trabajadora argentina, 1946-1976, op cit., p. 303.

⁴¹ Brennan, J. y Gordillo, M. (2008). Córdoba rebelde. El Cordobazo, el clasismo y la movilización social, op cit., p. 117.

⁴² Brennan, J. (1992). El clasismo y los obreros. El contexto fabril del ‘sindicalismo de liberación’ en la industria automotriz cordobesa, 1970-75. op cit. p. 18.

postulados no se originaron en el seno de la clase obrera sino que circulaban desde fines de los años '60 en las filas de la nueva izquierda (PRT, PCR, VC).

Este autor señala además que el lema del SiTraC “Ni golpe ni elección, revolución”, ha dotado de una imagen ultraizquierdista al clasismo que posibilitó que algunos lo interpretasen “*no como un producto del movimiento obrero en absoluto sino de ideólogos de izquierda y aún infiltrados de algunas de las múltiples organizaciones revolucionarias existentes a comienzos de los '70*”.⁴³

Hasta aquí, parecen existir dos formas de concebir al clasismo, lo cual lo dota de sentidos diferentes.

Sin embargo, aunque hasta aquí la definición de clasismo se asocia a una postura marxista, estos autores sostienen una imagen de una dirigencia sindical clasista altamente politizada y unas bases -a las que definen como mayoritariamente peronistas- que si bien no compartían los mismos fundamentos ideológicos con sus dirigencias, se sentían representados por ellos porque eran “dirigencias honestas” y combativas.⁴⁴ Entiendo que esta definición es bastante unidireccional, ya que vacía de contenido a la acción del trabajador de base y lo recrea como un actor pasivo, pasible de ser manipulado por los militantes de izquierda. Pero además, este punto plantea algo que tampoco ha sido estudiado en profundidad y es la relación entre el clasismo y el peronismo.⁴⁵

⁴³ Brennan, J. (1992). El clasismo y los obreros. El contexto fabril del ‘sindicalismo de liberación’ en la industria automotriz cordobesa, 1970-75. op.cit, p. 15.

⁴⁴ James, D. (2005), Resistencia e integración. El peronismo y la clase trabajadora argentina, 1946-1976, op cit., p. 304.

⁴⁵ Sobre este punto, Brennan asegura que el clasismo y la vertiente revolucionaria del peronismo tenían más vínculos ideológicos de los que muchos están dispuestos a reconocer. Dados los cambios que tuvieron lugar en el peronismo en aquellos años y especialmente después del Cordobazo, la distinción político-ideológica entre clasismo y peronismo se fundían a partir de ideas como el antiimperialismo y la lucha por el socialismo. Y termina diciendo: “*La clase obrera cordobesa aceptaba como parte de su identidad peronista muchas cosas que los clasistas pregonaban*”. Brennan, J.





Un reciente trabajo⁴⁶ sobre el SiTraC, cita una entrevista al dirigente del SiTraC, Carlos Masera, quien recuerda que la definición como clasistas surgió espontáneamente, como un recurso para no tener que definirse como partidario “*de alguna corriente (marxistas, trotskistas, chinos, etc.)*”. No obstante aquella indefinición reproducida en la frase de Masera, es probado que entre sus delegados había militantes del Partido Revolucionario de los Trabajadores (PRT), Vanguardia Comunista (VC), Partido Comunista Revolucionario (PCR) y Peronismo de Base (PB)⁴⁷; y que todas esas corrientes dejaron su impronta en la experiencia del SiTraC.

Una idea bastante difundida, aunque bastante implícita en la mayoría de los trabajos, es la noción de que los dirigentes clasistas otorgaron a los sindicatos clasistas una proyección política, que fueron más amplias que las meras disputas laborales, y que llegaron –en algunos casos, como el SiTraC y SiTraM- a proyectar un programa político orientado al socialismo. Pero también, a partir de esta idea, algunos autores –como Werner y Aguirre- plantean que si la proyección política estuvo a cargo de los militantes de partidos de izquierda, entonces su fracaso también debe recaer sobre estos activistas y sus dirigentes partidarios.

Lo cierto es que la influencia que ejerció la militancia marxista en las luchas obreras es un punto aún no estudiado en profundidad. No obstante, en esta línea de investigación, hay dos trabajos que pueden rescatarse. Por un lado, el escrito casi autobiográfico de Sergio Ortiz⁴⁸ en el que rescata los aportes de Vanguardia Comunista en la experiencia del SiTraC y SiTraM. El autor, militante en aquellos años

(1992). El clasismo y los obreros. El contexto fabril del ‘sindicalismo de liberación’ en la industria automotriz cordobesa, 1970-75. *op.cit.*, p. 17.

⁴⁶ Malecki, J. (2009) Intelectuales y obreros en la Córdoba de los 60-70. Una aproximación a las experiencias de Pasado y Presente y SiTraC-SiTraM. En Schmucler, H.; Malecki, J. y Gordillo, M. (ed.). El obrerismo de pasado y presente. Documentos para un dossier (no publicado) sobre SiTraC-SiTraM. La Plata: Ediciones Al Margen, p. 52.

⁴⁷ Cfr. Schmucler (2009:211-232).

⁴⁸ Ortiz, S. Vanguardia comunista y el clasismo. En: AA.VV. La generación del ‘70. Sus ideas, militancia, aciertos y errores. Vidas y luchas de Vanguardia Comunista, II Parte. *op. cit.*

de Vanguardia Comunista, presenta un escrito crítico sobre la participación de VC –y, en menor medida, otras organizaciones de izquierda- en los sindicatos de FIAT Córdoba. A partir de sus propios recuerdos y de otros escritos anteriores sobre el tema, Ortiz rescata de la experiencia del SiTraC-SiTraM la importancia de los intelectuales revolucionarios en la disputa por el poder contra la burocracia y la burguesía.

El otro trabajo que aporta en esta línea de investigación, más académico que el anterior, es el de Héctor Löbbe, aunque acotado a la Coordinadora Interfabril de Zona Norte del Gran Buenos Aires.⁴⁹ Un aspecto central en su trabajo es la explicitación de los vínculos entre los sindicatos y las organizaciones de izquierda, las que se abocaron a la construcción de células fabriles alrededor de 1972. Según este autor, no hubo tendencias unidireccionales sino una mutua convergencia por varios motivos, a saber:

*“1º) debido al acercamiento a esas organizaciones de los nuevos activistas fabriles, que sentían la necesidad de encontrar un encuadramiento político que respondiera a las nuevas condiciones de combatividad obrera y al creciente abandono de su rol de conducción por parte de las direcciones peronistas “ortodoxas”, 2º) por el replanteo de la definición político-ideológica que estaban llevando a cabo dirigentes y activistas dentro de las filas obreras y 3º) por la orientación hacia las fábricas o proletarización de sus cuadros que impulsaban con distinta fuerza y éxito las distintas organizaciones de izquierda, en especial las marxistas”.*⁵⁰

⁴⁹ Otro aporte en esa línea de investigación, aunque si analizar casos concretos, es el que hizo Santella, A. (2003). Los setentas y el movimiento clasista en Argentina. Una crítica a la tesis de Cangiano. *Razón y Revolución*, N° 11, invierno de 2003, pp. 57-71.

⁵⁰ Entre las organizaciones de izquierda a las que se refiere, Löbbe incluye a un gran abanico de fuerzas, desde el marxismo y trotskismo hasta el peronismo de base y las organizaciones armadas. Löbbe (2006,2009). La guerrilla fabril: clase obrera e





Sobre este punto, el trabajo de Löbbe complejiza las relaciones entre las estructuras políticas de las corrientes de la nueva izquierda y las organizaciones sindicales o de bases fabriles. De hecho, las relaciones presentaron variadas formas según los lugares y los personajes involucrados. Un vínculo complejo y con diversos grados de flexibilidad se estableció entre las conducciones políticas y los activistas, que se movían con un grado de relativa autonomía, aplicando las directivas políticas a las condiciones reales de la fábrica. De esta manera Löbbe descarta la idea de que los activistas eran “autómatas teledirigidos” por sus conducciones.⁵¹

Otro de los vínculos que tampoco ha sido abordado en profundidad es la relación entre el clasismo y el “Sindicalismo de Liberación”, por ejemplo, durante la existencia del MSC. En los discursos de Tosco está muy presente su posición de clase, la importancia de concientizar a los trabajadores e incluso, la idea del camino hacia el socialismo. Sus planteos, de clara orientación marxista, han llevado a algunos autores⁵² a sostener que el clasismo y el sindicalismo de liberación eran lo mismo. Aunque no eran lo mismo, ya que los mismos protagonistas se diferenciaban a partir de sus formas de nominarse; si tenían diferencias sobre el rol que asignarían al sindicato respecto de su función en el proceso revolucionario y, por consiguiente, del rol que ocuparía un partido revolucionario en el mencionado proceso histórico.

izquierda en la Coordinadora de Zona Norte del Gran Buenos Aires: 1975-1976, op cit, pp. 36-37.

⁵¹ Ibidem, p. 178. Una mirada similar plantea Lorenz, F. (2007). No nos subestimen tanto. Experiencia obrera, lucha armada y lecturas de clase. Lucha Armada en la Argentina, Año 3, N° 8, Buenos Aires, pp. 54-64.

⁵² Brennan, J. (1992). El clasismo y los obreros. El contexto fabril del ‘sindicalismo de liberación’ en la industria automotriz cordobesa, 1970-75. op.cit. James, D. (2005), Resistencia e integración. El peronismo y la clase trabajadora argentina, 1946-1976, op cit.

En un trabajo recopilado por Schmucler⁵³ se hace referencia a que el clasismo, por definición, concebía la necesidad de la construcción de un partido político de la clase obrera, cuya función era la toma del poder político. Sin embargo, Brennan⁵⁴ asegura que nunca existió un consenso acerca de la necesidad de formar un partido revolucionario. Entiendo que esta falta de consenso se debe a la variedad de teorías revolucionarias que actuaron dentro del espectro del clasismo (marxismo-leninismo, trotskismo, maoísmo, peronismo, etc.) cada uno sosteniendo una idea diferente sobre cómo debía ser el cambio revolucionario. Sin embargo, este es un tema que aún no ha sido profundizado.

Pensar en el clasismo en los términos en que fue planteado en este trabajo, nos obliga a afinar la mirada. En primer lugar, a pensar que “el” clasismo no fue uno sólo sino que el concepto abarca una diversidad de sentidos. Pero además, y esto es algo que realmente me preocupa, si sostenemos que los clasistas eran los dirigentes y no las bases obreras, entonces, las definiciones de sindicatos clasistas se reduce a la arena de la dirigencia. Es por ello que mi propuesta parte de otros fundamentos. Pretendo analizar a los trabajadores clasistas, eso ya implica una toma de distancia respecto de los autores mencionados que examinan a los sindicatos clasistas. Aunque por momentos hay que enfocarse en la estructura sindical, ya que era el ámbito por excelencia de accionar social de estos sujetos, en realidad me interesan más los sujetos que las estructuras; o mejor dicho, los sujetos interactuando en las estructuras sociales.

⁵³ Schmucler, H. (et al) (ed.). El obrerismo de pasado y presente. Documentos para un dossier (no publicado) sobre SiTraC-SiTraM, op cit, p. 178.

⁵⁴ Brennan, J. (1992). El clasismo y los obreros. El contexto fabril del ‘sindicalismo de liberación’ en la industria automotriz cordobesa, 1970-75. op.cit., p. 15.





De esta manera, pensar el clasismo es pensar en obreros que tienen conciencia de su clase, en el sentido más marxista del término. Y pensar en marxismo no tiene que asociarse directamente a organizaciones partidarias marxistas, a pesar de ellas tuvieron su injerencia en el desarrollo del clasismo cordobés. Pero no sólo las organizaciones marxistas la tuvieron: no hay por qué descartar a priori a los trabajadores de las bases peronistas. Aunque en los trabajos previos quedan, en términos ideológicos, dicotómicamente opuestos a las dirigencias clasistas; me parece una obviedad decir que también existió para esos grupos, como también para otros sectores del peronismo de izquierda, una vinculación entre el peronismo y la conciencia de la clase obrera.

Bibliografía

Altamirano, C. (1994). Memoria del '69. Estudios, N° 4, diciembre de 1994. Centro de Estudios Avanzados, Universidad Nacional de Córdoba, pp. 9-13. Córdoba.

Altamirano, C. (2001). Bajo el signo de las masas (1943-1973). Buenos Aires: Ed. Ariel.

Balvé, B. (et al) (1973,2005). Lucha de calles, lucha de clases. Elementos para su análisis: Córdoba 1971-1969. Buenos Aires: Ediciones RyR-CICSO.

Brennan, J. (1992). El clasismo y los obreros. El contexto fabril del 'sindicalismo de liberación' en la industria automotriz cordobesa, 1970-75. Desarrollo Económico, v. 32, N° 125 (abril-junio 1992), Pp. 3-22.

Brennan, J. y Gordillo, M. (1994). Protesta obrera, rebelión popular e insurrección urbana en la Argentina: el Cordobazo. Estudios, N° 4, diciembre de 1994. Centro de Estudios Avanzados, Universidad Nacional de Córdoba, pp. 51-74. Córdoba.

Brennan, J. y Gordillo, M. (2008) Córdoba rebelde. El Cordobazo, el clasismo y la movilización social. Buenos Aires: Ed. De la Campana.

Cavarozzi, M. (1997). Autoritarismo y democracia (1955-1996). La transición del Estado al mercado en la Argentina. Buenos Aires: Ed Ariel.

Colom, Y. y Salomone, A. (1998). Las coordinadoras inter-fabriles de Capital Federal y Gran Buenos Aires, 1975-1976. Razón y Revolución, N° 4, otoño 1998, Buenos Aires, reedición electrónica en <http://www.razonyrevolucion.org>

De Riz, L. (2000). La política en suspenso, 1966/1976. Buenos Aires: Ed. Paidós.





Fernandez, A. (1986a). Ideologías de los grupos dirigentes sindicales (1966-1973). Buenos Aires: Centro Editor de América Latina, vol. 1.

Fernandez, A. (1986b). Ideologías de los grupos dirigentes sindicales (1966-1973). Buenos Aires: Centro Editor de América Latina, vol. 2.

Garzón Maceda, L. (1994). Cordobazo: algunos de sus mitos y leyendas. Estudios N° 4, diciembre 1994, Centro de Estudios Avanzados, Universidad Nacional de Córdoba, pp. 25-34. Córdoba.

Gordillo, M. (1996). Córdoba en los ´60: la experiencia del sindicalismo combativo. Córdoba: Dirección general de publicaciones de la UNC.

Gordillo, M. (ed) (2001). Actores, prácticas, discursos en la Córdoba combativa. Una aproximación a la cultura política de los ´70. Córdoba: Ferreyra Editor.

Itzcovitz, V. (1985). El estilo de gobierno y crisis política (1973-1976). Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.

James, D. (2005). Resistencia e integración. El peronismo y la clase trabajadora argentina, 1946-1976. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.

Licht, S. (2009). Agustín Tosco (1930-1975). Sindicalismo clasista, socialismo y peronismo revolucionario. Buenos Aires: Ed. Biblios.

Löbbe, H. (2006,2009). La guerrilla fabril: clase obrera e izquierda en la Coordinadora de Zona Norte del Gran Buenos Aires: 1975-1976. Buenos Aires: Ediciones RyR.

Malecki, J. (2009). Intelectuales y obreros en la Córdoba de los 60-70. Una aproximación a las experiencias de Pasado y Presente y SiTraC-SiTraM. En Schmucler, H.; Malecki, J. y Gordillo, M. (ed.). El obrerismo de pasado y presente. Documentos para un dossier (no publicado) sobre SiTraC-SiTraM. (Pp. 31-65). La Plata: Ediciones Al Margen.

Moretti, W. y Torraz, M. (2009). La experiencia del clasismo cordobés. En Werner, R. y Aguirre, F. *Insurgencia obrera en la Argentina 1969-1976. Clasismo, coordinadoras interfabriles y estrategias de la izquierda.* (pp. 425-444). Buenos Aires: Ediciones IPS.

Ortiz, S. (2010). Vanguardia comunista y el clasismo. En: AA.VV. *La generación del '70. Sus ideas, militancia, aciertos y errores. Vidas y luchas de Vanguardia Comunista, II Parte.* (Pp. 37-61). Buenos Aires: Ed. Nuevos Tiempos.

Robles, A. (2009). La Triple A y la política represiva del gobierno peronista (1973-1976). En Werner, Ruth y Aguirre, Facundo. *Insurgencia obrera en la Argentina 1969-1976. Clasismo, coordinadoras interfabriles y estrategias de la izquierda.* (Pp. 445-486). Buenos Aires: Ediciones IPS.

Santella, A. (2003). Los setentas y el movimiento clasista en Argentina. Una crítica a la tesis de Cangiano. *Razón y Revolución*, N° 11, invierno de 2003, pp. 57-71. Buenos Aires.

Servetto, A. (1998). *De la Córdoba combativa a la Córdoba militarizada, 1973-1976.* Córdoba: Ferreyra editor.

Servetto, A. (2004). Córdoba en los prolegómenos de la dictadura. La política del miedo en el gobierno de Lacabanne. *Estudios*, N° 15, otoño 2004, Centro de Estudios Avanzados, Universidad Nacional de Córdoba, pp. 143-156. Córdoba.

Thompson, E. P. (1978,1984), *La sociedad inglesa en el siglo XVIII: lucha de clases sin clases?.* En *Tradición, revuelta y conciencia de clase.* (Pp. 13-61). Barcelona: Ed. Crítica.

Werner, R. y Aguirre, F. (2009). *Insurgencia obrera en la Argentina 1969-1976. Clasismo, coordinadoras interfabriles y estrategias de la izquierda.* Buenos Aires: Ediciones IPS.

